

Kepler, religioso, supone que esos cuerpos celestes se hallan mantenidos en sus órbitas por ángeles delegados por el creador.

Newton, científico, formula la ley maravillosa de la gravitación universal de los cuerpos en razón directa de sus masas é inversa del cuadrado de sus distancias. Newton, religioso, trata de establecer una analogía entre sus admirables descubrimientos y las locuras descomunales del libro apocalíptico.

Pasteur, científico, desarrolla la teoría de la fermentación, y desde su laboratorio emprende una lucha titánica contra los microbios más mortíferos. Pasteur, religioso, después de entonar un himno de alabanzas al creador de dichos microbios, que tan cruelmente martirizan á millones de seres humanos, se esfuerza en señalarle límites al progreso científico: no se contenta con negar la posibilidad de la generación espontánea, sino que afirma que jamás llegará el hombre á producir por procedimiento sintético aquellos cuerpos orgánicos, como la sacarosa, capaces de polarizar la luz. ¡Y esta síntesis de la sacarosa la realizó luego el insigne Marcelino Berthelot!...

Comte, científico, crea la filosofía positiva y propone una magistral clasificación de la ciencias. Comte, religioso, gran sacerdote de su «Religión de l' Humanité» quiere también ponerle diques al progreso, y profetiza que jamás llegará el hombre á conocer la composición química de las estrellas. ¡Y hoy el análisis espectral nos ha dado á conocer dicha composición!...

¿Para qué continuar esta enumeración? ¿Para qué comparar los trabajos notabilísimos del físico sir Oliver Lodge

y del naturalista Russell Wallace, científicos, con las teorías espiritistas del primero, que llega á pretender que la materia no existe—mientras se pasa la vida explicando las propiedades materiales de los cuerpos en su cátedra de Birmingham—y con las doctrinas religiosas del segundo que han transformado al antiguo colaborador de Darwin en campeón moderno de la insensata teoría antropocéntrica del Universo?

La enumeración resultaría interminable.

Lo que importa es comparar, en estos casos, la obra del científico con la del religioso, encararse con los fanáticos que tan ufanos se muestran de la existencia en sus filas de verdaderos hombres de ciencia, y decirles terminantemente:

La obra religiosa de esos hombres os la cedemos por completo. Quedaos con la doctrina antropocéntrica de Russell Wallace, con las combinaciones apocalípticas de Newton, con las teorías angélicas de Kepler.

Nosotros nos contentamos con la parte que nos pueda corresponder de su obra científica, la cual nos pertenece á todos por igual: á los de la generación presente como á los de las generaciones futuras, porque dicha obra es labor de una cadena que han contribuido á fraguar, cada cual en la medida de sus fuerzas, los hombres de las distintas épocas en las distintas nacionalidades; no es la propiedad de un país ni de un partido, sino que forma parte del patrimonio de la Familia Universal.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL

*Desde Londres.*

## PEDAGOGÍA

### Unico remedio

Los gérmenes de la indolencia que, es nuestra peor enemiga, se han desarrollado hasta un grado tan grande en todos nosotros, que difícilmente

procedemos en nuestros actos en forma armónica con la que llamamos razón.

Si al arduo problema de la enseñan-